

que bajar al abismo despues de haber pasado una vida oscura consumando crímenes que sólo han perjudicado al que los cometia; no es lo mismo haber vendido los Sacramentos, haber atacado la Religion con volúmenes impíos, haber abusado de la misma Religion y de sus luces para dañar al mundo, que el haber tenido la desgracia de perder la inocencia con pleno conocimiento, y no haberla reparado con el dolor y la penitencia. Dios es la justicia por esencia, y no dará jamás al condenado más castigo que el merecido; si alguna vez ¡oh hombres! meditaís en las tristes consecuencias de la apostasía de vuestro primer padre, no fulmineis sobre él, pues será injusta, una sentencia de recriminacion. ¡Ah! Adan no condenó á sus hijos á los tormentos de fuego en el infierno; cerró el cielo, es verdad, y no estando en pié el decreto eterno de la Encarnacion del Hijo de Dios, los asientos del paraiso hubieran quedado desocupados para siempre; mas ¡condenar á sus hijos á las penas de sentido, bajar á los eternos calabozos á padecer tormentos horribles, esto no es la consecuencia inmediata del pecado original, sino del actual. Hombres de todo pueblo y nacion, chinos, asiáticos, europeos, africanos, idólatras, herejes, apóstatas, cualesquiera que seais: miles de vuestros hijos no han hecho más que aparecer en el horizonte de la vida; no han llegado á columbrar la luz de la razon, han muerto en la edad de la inocencia; no temais por su suerte; ellos no pueden entrar en el cielo, porque no han sido lavados en las aguas de la regeneracion, pero su suerte es desigual y muy diferente de la que está reservada á los réprobos, porque no tienen crímenes personales. Hombres de toda la tierra que habeis adorado los ídolos, que habeis blasfemado del Dios único, que habeis ultrajado gravemente y á sabiendas á vuestros progenitores, que habeis cometido hurtos, asesinatos y otros crímenes, y no os habeis dolido de ellos ni hecho penitencia,

los que podíais hacerla; el infierno, con sus tormentos de fuego, es para vosotros. ¿Y por qué? Porque con vuestras acciones personales faltais á la ley de Dios, que está igualmente impresa en el corazon del pagano que del judío, el católico, el protestante, el hereje y el apóstata. ¿Habeis nacido entre idólatras? No es culpa vuestra. ¿Habeis visto la luz entre judíos ó herejes ó cismáticos? No es culpa vuestra. Pero ¿habeis faltado á la ley divina con vuestras abominaciones personales? Pues entónces, hayais recibido la ley ó no, hayais visto la luz de la revelacion ó no, vuestro destino eterno es el fuego. «Los que han pecado sin ley, dice San Pablo, sin ley perecerán.» Cuando los gentiles, á quienes no se ha publicado la ley escrita ó de gracia, hacen naturalmente lo que la ley prescribe, ellos, con su luz natural, son para sí una ley. ¿Faltan á los preceptos de esta ley natural impresa en cada uno de los hombres? Pues siendo la falta advertida, consentida y grave, serán condenados al fuego; pero siempre se guardará la ley de la justicia distributiva; quien mucho pecó y gozó, en mucho será atormentado. *Quantum glorificavit se et in delicti fuit, tantum date illi tormentum et luctus.*

Hé aquí, señores, cómo en medio del horror y desorden tartáricos, habrá un orden invariable; resuene en hora buena el abismo con la ronca voz del príncipe de las tinieblas; muestre en su abrasada garra el férreo centro de la dominacion infernal; frunza cuanto quiera sus ojos y cejas inflamados; abrásese en desesperacion y odio contra el Dios que lo castiga, y las víctimas que se le han entregado, que jamás traspasará las leyes de la Justicia divina; es el fuego infernal un vasto océano que fluye y refluye, que se encrespa y se abaja, que como las aguas agitadas por furioso aquilon eleva sus olas inflamadas; pero tambien aquel impetuoso lago de llamas tiene una ley que le dice: «Hasta aquí llegarás, y no pasarán de

ahí tus inflamados remolinos.» Esta ley es la justicia divina, tan admirable é inviolable en sus recompensas como en sus castigos.

¡Cosa singular! El fuego infernal no parece ser un elemento insensible; revestido de una fuerza y actividad más que natural, se diría, en vista de sus efectos, que tiene algo más que lo material, lo racional, lo inteligente; no bien ha sido el proscrito arrojado en el lago, cuando el fuego empieza á ejercer sobre él un imperio general y otro particular; todo el compuesto del hombre sufre entre horribles llamas, pero el fuego se encruela individualmente contra cada una de aquellas partes de que más se sirvió el hombre para ofender la Santidad infinita. ¿Veis aquellos ojos libidinosos, que nunca se hartaron de examinar objetos torpes y pecaminosos? Pues su órbita, su pupila, sus párpados son un carbon encendido, en cuya presencia se representan incesantemente tragedias, espectros, visiones horribles y espectáculos terroríficos. ¿Veis esas cabelleras adornadas con profusion, perfumadas con sensualidad, engastadas con diamantes y perlas para cautivar á los míseros adoradores de la carne? ¿Veis ese cuerpo indeciblemente vestido, y que se presenta á los teatros y bailes, á las reuniones y los templos con desenvoltura y poco recato? Pues allí no tendrá otro adorno que las llamas. ¡Ah! Yo las veo enroscándose y serpenteando como víboras en aquel cuello de donde pendia rico collar para deslumbrar, por aquellos brazos desnudos en los templos, y por aquellos oídos profanos que no quisieron oír sino melodías lúbricas, canciones excitantes y palabras obscenas; yo las veo entrar, salir, volver y revolver por aquella boca que siempre tuvo manjares delicados para sí, sin haber querido dar un solo óbolo al indigente que moría de necesidad.

Sí, amados míos; el fuego implacable del infierno será más lógico en castigar al incrédulo, que no lo fué éste en

atacar la revelacion; aquella lengua tan atrevida que convertía en problemas esta verdad, porque la temía, sentirá en sí misma la más horrenda realidad; cada una de las ovaciones que le decretó el mundo sensual, cada uno de los triunfos que intentó conseguir contra Dios, serán renovados eternamente, siendo el agente el fuego animado por la justicia divina. ¡Ah! No os admireis si os digo que allí hay sienes cubiertas de blanca cabellera, las cuales fueron adornadas del lauro verde, emblema del triunfo de la razon sobre la Religion, del tiempo sobre la eternidad, de la mentira sobre la verdad, y allí no tienen más diadema que las llamas; las llamas rodean al viejo octogenario que se gloriaba de dar lecciones de impiedad y lubricidad á jóvenes atolondrados; las llamas consumen aquella mano que destiló tanto veneno en volúmenes sin fin escritos contra Dios y la revelacion; las llamas son el pasto de aquella mano sacrílega que robó los templos, asesinó los ministros del Señor y aumentó el número de los mártires; las llamas están en aquellas entrañas impúdicas, en aquellos lábios infectos como una tumba atestada de podre; las llamas son la refaccion, el céfiro, el descanso del que día y noche no cesó de revolcarse en la inmundicia y en los placeres prohibidos.

Yo os veo temblar, amados míos; justo es que se excite en vuestros corazones un santo terror, mucho más cuando vivimos en un siglo de molicie y apatía, que no tiene otro estudio que el de refinar el sensualismo, prometiendo dichas temporales en los goces de los sentidos. Siempre los hombres han sido hijos del siglo en que han vivido, pues todos llevamos algo del contagio que acompaña á cada una de las épocas; el lujo, la sensualidad, el deseo de las comodidades han tenido partidarios y adoradores en cada época, mas nunca han sido sus tristes influencias tan trascendentales como en nuestros días; si se va al templo, se busca comodidad y descanso; si á las

reuniones, lujo y disipacion; si á los teatros, licencias y pasatiempos; si entramos en nuestros hogares, queremos que todo sea abundancia, regalo y comodidad. Este es el espíritu peculiar de nuestra época, que ha suscrito al sensualismo; y, preciso es confesarlo paladinamente, si se libran del contagio algunos individuos, no se ha eximido aún ninguna clase. Grandes, pueblo, nobleza, vulgo, sagrados, profanos, todos estamos viviendo en una atmósfera que no respira más que sensualidad. ¿Tenemos razon para estremecernos al pensar que todo el progreso de nuestro siglo no tiene otro objeto que halagar los sentidos con toda clase de goces y en todas las clases sociales? ¡Ah! Sí, ciertamente; porque el resultado de tanto adelanto en la sensualidad no puede ser otro que el arrojarse los hombres en los brazos de los placeres, y de ahí pasar á la dureza de corazon, á la indiferencia y á la incredulidad. Y esto, ¿qué es? El vestíbulo del infierno; para caer en él no falta más que un escalon, el escalon de la muerte.

No es esta, señores, una materia que debamos mirar con indiferencia, ó procurar olvidarla con sarcástica sonrisa. La descripcion que me habeis oido de la naturaleza y efectos del fuego infernal no es más que un simple comentario de lo que nos dicen los Libros sagrados. Esto ha sido tenido por la ciencia incrédula como una invencion del sacerdocio católico; han querido los incrédulos confirmar con esta asercion su error antiguo de que el terror introdujo el culto de los númenes en la tierra. ¡Ah, ministros del santuario! Cuando sois llamados á anunciar la verdad, no temais decir en alta voz que el defraudador, adúltero, cruel con sus padres, incestuoso, traidor á su pátria, no tiene en el mundo venidero otro porvenir que arder en el fuego inextinguible! No sólo teneis á retaguardia para vuestra defensa á la Iglesia, á los Padres, á los Apóstoles, á Jesucristo, á los Profetas con sus

libros inspirados, sino tambien os asisten otros campeones, cuyos escritos son para el incrédulo grandes monumentos del saber y del ingenio humano. Voy á daros la última descripcion del infierno: oidla.

Al llegar á la boca del Tártaro se ven horribles cabelleras de víboras, hidras que rugen con espantoso estridor, mónstruos armados de fuego, llantos y remordimientos vengadores; por aquí se desemboca en el asqueroso Aqueronte, cuyas interminables vorágines están calcinadas entre un lecho de carbones encendidos, de donde fluyen á la playa arenas abrasadoras. Alrededor del lago hay un triple muro de hierro encendido, con puertas diamantinas, que ni los habitantes del cielo mismo tienen fuerza para quebrantar; gemidos, ruidos de azotes, estrépito de cadenas, sierpes é hidras de cien bocas, buitres que roen las entrañas, yunques sobre los cuales baten incesantemente martillos de fuego, terroríficos temblores en los peñascos del cóncavo seno, entrañas inmortales donde sacian su furiosa hambre las águilas rampantes, hambre insaciable, mesas puestas con lujo régio, custodiándolas las implacables arpías, para que nadie las toque; peñones afilados, donde caen con estrépito las víctimas; visiones horrendas, y... ¡ay! aunque se me ericen los cabellos, quiero concluir la descripcion. Allí unos vuelven y revuelven inmensas moles, y otros están colgados y rodando por entre ruedas de cuchillos afilados; allí un malvado está y estará sentado eternamente; allí otro, que es el más desdichado de todos, grita con férrea voz y amonesta á todos con estas palabras: «Estas hambres caninas y eternas son para los que, viviendo siempre entre regalos, no tuvieron piedad con sus hermanos; estos tormentos son para el hijo atrevido y el hombre engañador; los que pusieron su corazon en las riquezas y no hicieron partícipes de ellas á sus hermanos, los que esgrimieron las armas injustamente y no te-

mieron hacer traicion á sus príncipes, vivirán eternamente entre estas llamas. ¡Oh hombres! Ya estais advertidos; aprended á ser justos, y no desprecieis á los dioses; ¿veis á este desgraciado que gime entre cadenas de fuego? Pues sabed que vendió su pátria por el oro y la entregó á la tiranía. ¿Veis al otro despedazado por las furias? Pues sépase que sujetó las leyes á la venalidad, atentó al tálamo de su hija y contrajo himeneos prohibidos, atreviéndose á todo lo malo y gozándose en ello.»

Seguramente que no temo en este momento las invectivas de los incrédulos al describir los tormentos que se les preparan en el infierno. ¿Sabeis de quién es esta profesion de fé que acabais de oír? De uno de los grandes sábios de la antigüedad, de un famoso escritor de la antigua Roma, que nada creía, porque daba asenso á todas las divinidades; pero ¡cosa singular! en medio de tantos errores de la Roma pagana, profesaba esta verdad. ¿Y era acaso por aterrarse á un pueblo á quien se le permitia la embriaguez, la prostitucion y todo exceso en sus bacanales? ¡Ah! Desengañémonos: la razon humana es hija de la eternidad; por más que se extravíe en los excesos y en las aberraciones, con tal que discurra, siempre llega á descubrir, con la existencia de Dios, los dogmas que están fundados en su justicia eterna é inmutable. El mundo está dividido en sectas innumerables; mas el dogma de los fuegos eternos es universal, así como lo es el del cielo; lo cree el católico, el judío, el musulman, el chino, el tibetano, el tártaro, el númida, el etíope, el indio y el cafre; el catolicismo en este particular reina en todo el mundo, y dominaba sobre todos los espíritus ántes que naciese su Fundador. «Cien lenguas, concluye el autor gentil, cien bocas, férrea voz, eran necesarias para contar todos los crímenes que cometen los mortales, y los crueles tormentos que sufren eternamente por ellos en el infierno.»

Hé aquí, amados míos, la verdad espantosa que tenía que revelaros en este discurso. Aunque el hombre debe guardarse de ofender á Dios sin más motivo que su bondad y santidad infinitas, bueno es que lo tema por sus castigos. La concupiscencia nos incita incesantemente al pecado, y nos hace echar en olvido los motivos que tenemos para corresponder al amor divino; la mentira y el error intentan poner un velo especioso á la verdad para que no la practiquemos; nuestro corazon carnal nos arrastra hácia las criaturas; si queremos prevalecer contra tantos enemigos de nuestra eterna felicidad, pensemos siempre en esta sentencia del santo Pontífice Gregorio Magno: «Eterno es el tormento, momentáneo el deleite.» *Æternum quod cruciat, momentaneum quod delectat.* La dulzura aparente que el mundo nos propina en su dorada y fementida copa es tan deleznable, que pasa con la rapidez de las aguas de un turbion precipitado; las amarguras que causa son interminables. *Æternum quod cruciat, momentaneum quod delectat.* ¡Nobles cristianos! Dios os ha dado honores, títulos y riquezas para que useis de vuestros timbres con la moderacion debida; para que nunca paseis de los límites prescritos, poned este lema en el cuadro dorado de vuestras armas. *Æternum quod cruciat, momentaneum quod delectat.* ¡Sábios, literatos, pueblo católico! Al dar principio á vuestras tareas, al instruir á la juventud, al entrar en esas casas de diversion licenciosa, pensad en esta terrible sentencia, que, bien pensada, es capaz de humillar al entendimiento más altivo y retraer del pecado al hombre más obcecado. *Æternum quod cruciat, momentaneum quod delectat.*

Almas timoratas, que habeis entrado en vosotras mismas y hecho penitencia de vuestros pecados antiguos, ved un saludable remedio para perseverar en vuestros santos propósitos. Pensad siempre en las llamas eternas, como lo hacía el penitente David.